



David en el museo

David era, con diferencia, el chico más fuerte de toda su clase, y seguramente de todo el cole. No había nada que no pudiera mover, levantar o abrir, por grande y pesado que fuera, y siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara.

- ¡Este chico tiene los huesos y músculos más que fuertes!- Decían sus profesores cuando le veían en acción.

Pero lo que más le gustaba a David no era la educación física, ni las extraescolares de deporte. Lo que más le gustaba era visitar museos.

Un día, David fue con su clase al más emocionante de todos: el Museo Súper Alucinante de Dinosaurios. Siempre que iba se quedaba emboobado con la cantidad de esqueletos enormes, gigantescos, que aparecían a su paso: el terrorífico tiranosaurio, el estegosaurio con su enorme cresta y sus púas en la cola y, el que más le gustaba, el braquiosaurio, con unas piernas más altas que un adulto, y un cuello tan largo que llegaba hasta el techo.

Pero ese día pasó algo inesperado. Guille y Juan, los alumnos más traviosos de la clase, estaban jugando al pillar-pillar entre las exposiciones cuando uno de ellos chocó contra el animal preferido de David. Los huesos del dinosaurio empezaron a tambalearse, y todos los visitantes empezaron a gritar y a esconderse en un sitio seguro. Cuando parecía que el esqueleto estaba a punto de derribarse, David fue hacia él y aguantó una de sus patas con toda la fuerza que pudo, intentando que el gran esqueleto se quedara en su sitio.

Ante el asombro de todo el mundo lo consiguió. Sus compañeros le felicitaron, su profesor se mostró orgulloso de él, y la directora del museo estaba tan agradecida que le regaló entradas gratis para todo un año.

Y es que si algo hacía único a David era la fuerza de sus músculos y sus huesos.

